

---

## CAPÍTULO 1

«¡QUÉ MAGNÍFICO EQUIPO!»

¡Qué hermoso domingo! Según la opinión general, ha sido una primera vuelta de elecciones presidenciales que quedará para los anales; mejor aún, en la memoria de todos. Domingo radiante, París luminoso. Y por todas partes esas colas en los colegios electorales, promesa tan esperada, finalmente llevada a cabo, de reconciliación o al menos de reencuentro entre los ciudadanos y su democracia.

En este hermoso domingo democrático, acudo en familia —seis personas en edad de votar— al colegio electoral situado en el Lycée Montaigne. Llega un corredor sin aliento, recién llegado de su recorrido por la pista de los Jardines de Luxemburgo. El deportista llama la atención... No es de extrañar, es Bernard Kouchner, que me localiza enseguida y se me echa encima a causa de mi editorial del día anterior, un texto que llamaba al apoyo decidido y masivo a Ségolène Royal. El French Doctor no se corta un pelo: la amonestación le brinda la ocasión de aprovechar, de paso,

nuestra posición más que avanzada en la larga cola de electores.

Pero ¿qué es lo que pone tan nervioso a nuestro corredor dominguero? Hay que votar a Bayrou, afirma con tono vehemente, hay que hacer lo que sea para favorecer un acercamiento de los candidatos del PS [Partido Socialista] y del Modem [Movimiento Demócrata, en sus siglas en francés], y por supuesto, evitar la elección de Nicolas Sarkozy, ¡esa catástrofe política en potencia! Una explosión exuberante que acaba por un categórico: «¡Estás equivocado!»... Y con esta vigorosa conclusión, nos disponemos a cumplir nuestro deber cívico antes de despedirnos.

El punto de vista que yo defendía entonces era el de una gran parte de los franceses, asustados por el espectro del 21 de abril de 2002. Había que votar a Ségolène Royal, evitar que se renovase la trágica desaparición del Partido Socialista, asegurar la presencia en la segunda vuelta de una izquierda en buena forma.

Yo le había recordado a Bernard Kouchner la fórmula tan gráfica de François Bayrou, expresada con fogosidad durante un mitin en los últimos momentos de su campaña: «¡Yo quiero ser, para los poderosos de la ley, el mayor de los tocapelotas!». Una expresión perfecta, definición misma de la demagogia. De hecho, me resultaba difícil unirme a un grupo que me parecía puramente oportunista. Él, François Bayrou, el heredero de la democracia cristiana, no podía ser, y esa estrategia calculadora tampoco: no había quien

se lo tragara. Sin embargo, con el voto a Bayrou, Bernard Kouchner esperaba presionar al PS, contribuir a su mutación, incitarlo a asumirse, asegurar su metamorfosis básicamente reformista. En el fondo era una manera de poner fin a ese constante tira y afloja del Partido Socialista entre, por un lado, la atracción de la extrema izquierda o del ambiente «robepierrista» de hoy día y, por otro, el imperativo de reinventarse como fuerza modernizadora, capaz de gobernar y de reformar.

A decir verdad, yo difería en otro punto de Bernard Kouchner y de todos los que, con él, se preocupaban por la llegada al poder del presidente de la UMP [Unión por un Movimiento Popular]. Y ese punto es el siguiente: yo no temía a Nicolas Sarkozy. No veía en él a ese diablillo que un torpe final de campaña socialista había tenido a bien agitar como un absurdo espantapájaros. No lo temía, como tampoco compartía los juicios categóricos proferidos en la derecha y en el centro contra Ségolène Royal. En el fondo, el voto a Bayrou se alimentaba ante todo de quienes dudaban de la «presidenciabilidad» de la candidata socialista. Aunque desde mi punto de vista ésta pudiera ser imperfecta, y estar sin duda alguna menos preparada que su adversario, no estaba por ello peor armada que él, pues poseía tanto un carácter fuerte como unas sólidas convicciones.

En resumen, el temor a Sarkozy me resultaba extraño, ya que tenía la convicción, compartida creo que por miles de franceses, de que, si él salía elegi-

do, habría que desearnos a todos que tuviera éxito en su empresa. Deseo que debería ser el de la izquierda, a condición de renunciar a toda hipocresía: tantas menos reformas, de esas que todos sabemos necesarias, le quedarían por emprender a su regreso al poder.

Conozco a Sarkozy desde hace unos veinticinco años, y siempre lo he visto desde el mismo ángulo; goloso, dotado de ese enorme apetito de vivir que hace que uno piense: éste estará siempre en movimiento. Hay algo apreciable en esa movilidad, sobre todo cuando aparece después de la glaciación chiriquiana, así como en esa capacidad de cambio desprovista de todo corsé ideológico. Además, no olvidemos que, para empezar, Nicolas Sarkozy es abogado. Dicho de otro modo, una persona que trata de atraerse la adhesión, de convencer; pero no de imponer, al menos no del todo, ya que, para él, un dossier queda zanjado cuando se concluye con un buen «deal». Una vez logrado el acuerdo, se pasa a otra cosa. De ahí la dificultad, ahora que está en el poder, de pasar realmente a otra cosa. De ahí la dificultad —que él mismo experimenta— de proporcionar una coherencia ideológica a su actuación. Esta última es más bien el fruto de una simple ecuación: por un lado, el apetito y la energía, por el otro, la solución que pretende aportar. «Confíen en mí, soy la solución» (en lugar del «Tengo la solución» de nuestros políticos tradicionales). La movilidad del personaje le permite además beber en diversas fuentes.

Desde que recuerdo, siempre lo he visto tender hacia ese único y simple objetivo: el Elíseo. «Qué se le va a hacer, yo soy así, ¡quiero estar ahí arriba!». Ese «ahí arriba, arriba del todo» lo expresa con algo en la voz que se parece al más puro placer, una felicidad intensa ante la mera idea de estar allí un día, una contemplación deslumbrada de sí mismo. No se equivocó François Hollande el día en que decretó, implacable: «El sarkozysmo es un narcisismo». En Nicolas Sarkozy se advierte esa búsqueda de la satisfacción rápida, esa urgencia por contentarse que sólo pertenece a la infancia. El deseo de ser, el gozo de llegar. ¡Y qué importa lo que puedan decir! A los críticos, a los que lo cuestionan, siempre da la misma respuesta: «Me da igual». «Me da igual», puesto que ya estoy aquí.

Una vez lograda la victoria, Nicolas Sarkozy coge al público a la contra con su ya famosa política de apertura, lo cual no me extraña nada. Y he aquí la ironía de mi pequeña historia, por supuesto: de pronto convoca a personalidades cuya figura de proa es... Bernard Kouchner. Un buen abogado sabe triunfar en la adversidad, convencer. Así pues, convenció enseguida a Bernard Kouchner. Aún puedo verlo con su ropa de *jogging* aquel día de la primera vuelta, con su estilo deportivo a la americana: ¿no sería el *short*, en el fondo, una especie de signo anunciador?

En cuanto a la propia apertura... ¿Quedaría como una brillante maniobra? Nicolas Sarkozy es un hom-

bre móvil, ya se ha dicho, y la política, una guerra de movimiento. Con un puñado de personalidades emblemáticas, el presidente compone una imagen fuerte del gobierno, la de una Francia que se ha deshecho de un corsé demasiado rígido, y que asume su diversidad, esa riqueza que la izquierda ha exaltado siempre en palabras sin haber sabido nunca fomentarla con hechos. Según esa hipótesis, lo que quedará de la apertura serán tan sólo unas personalidades cuyos balances se revelarán contrastados, como no podía ser de otra manera.

La otra lectura es mucho más fuerte. Consiste en hacer de la apertura uno de los hilos conductores de la actuación del presidente. En este caso la apertura no se resume en una reunión de personalidades, sino que es también el arte y la manera de tomar medidas que difícilmente pueden relacionarse con la derecha: un impulso hacia la sociedad civil para ponerse al servicio de sus intereses. «Estoy en contra de las políticas de brutalidad», ha dicho siempre Nicolas Sarkozy. Es su manera de elogiar lo contrario, las políticas de diálogo. Hay que reconocerle que ha encontrado puntos de encuentro y llevado a cabo conversaciones con las organizaciones sindicales que han llegado más lejos de lo que podía esperarse de la derecha. Se tiene incluso la impresión de que el funcionamiento es más fácil que con ciertos gobiernos de izquierdas: las relaciones con la CFDT [Confederación Francesa Democrática del Trabajo], así como con la CGT [Confederación General

del Trabajo], estuvieron en su peor momento con Lionel Jospin.

Según esta hipótesis, aunque de momento se ponga entre paréntesis, la apertura tendrá en un futuro otros desarrollos políticos. No estará sólo al servicio de la política de comunicación del presidente, al presentar una imagen deslumbrante de un magnífico equipo armonioso. Sin duda su vocación es sembrar discordia, desestabilizar al campo contrario. ¿Qué otra cosa es cada paso adicional en dirección a la apertura sino un nuevo golpe infligido a una izquierda tremendamente incómoda? Este proceso no puede durar siempre, se agota pronto.

Otro mérito esencial es que nos evita el «Estado-UMP». Recordemos los daños provocados —y con razón— por la denuncia de un «Estado-RPR», que el muy giscardiano Michel Poniatowski, hoy desaparecido, llamó «des copains et des coquins»<sup>\*</sup>; no olvidemos tampoco las polémicas nacidas de la puesta en marcha de un «Estado-PS», la caza de brujas lanzada por Paul Quilès en el congreso de Bourg-en-Bresse en otoño de 1981, inmediatamente después de la victoria de François Mitterrand. Pues bien, la apertura, por su existencia y su amplitud, permite a Nicolas Sarkozy escapar del espectro de la repetición. Además, puede desembocar en una nueva gestión que se aparte del modo tradicional de la división y de la divergencia —esquemas en los que

---

<sup>\*</sup> «De los compinches y los pillos». (*N. de la T.*)

Sarkozy se encuentra especialmente a gusto—, y en una ampliación de los medios bipartidistas. Así lo demuestra esta medida reciente: la sustitución del RMI [Ingreso Mínimo de Inserción, en sus siglas en francés] por un ingreso de actividad, el RSA [Ingreso de Solidaridad Activa, en sus siglas en francés], por iniciativa de otra gran figura de la apertura, Martin Hirsch, el alto comisario de las Solidaridades Activas contra la Pobreza.

De igual modo, Bernard Kouchner y Jean-Pierre Jouyet (cuya presencia a su lado pidió el propio Kouchner) se ocupan de los terrenos bipartidistas que en el pasado fueron por excelencia los de la cohabitación y que habrían podido, o debido, volver a serlo. De hecho, bajo la cohabitación, la política extranjera y europea era bipartidista, con un peso decisivo adjudicado al presidente. De hecho, Sarkozy se puso en contacto con Hubert Védrine, que fue ministro de Asuntos Exteriores con Chirac y Jospin, en el momento de la constitución del gobierno.

Detengámonos un momento en este *caso Védrine*, de lo más revelador respecto al funcionamiento de Nicolas Sarkozy y de su visión estratégica, en el sentido político del término. Visión que tiene entre sus elementos la apertura, cuyo fin es desestabilizar al adversario de manera duradera, y de fondo, esta auténtica obsesión del presidente, la idea de que no debe volver al origen, el campo de la UMP, sino ampliar considerablemente su base

electoral con la esperanza de salvar la apuesta cuando vengan las dificultades y la impopularidad. Al mismo tiempo, Sarkozy destaca por su capacidad de improvisación, por su talento para «saltar sobre todo lo que se mueve» y apropiarse lo más deprisa posible de su presa.

Así pues, piensa en Hubert Védrine; quien pone sus condiciones con respecto a su campo de actividad: quiere controlar toda la diplomacia, incluida la europea, y disponer de una gran autonomía. Pero Sarkozy —se vio enseguida y se sabía de antemano— quiere ser presidente de todo y ministro de todo. Si piensa en Védrine, es porque quiere escoger a los mejores. O más bien —es su faceta de niño-rey— porque para él nada es demasiado bonito. Estar rodeado de Rama Yade, de Rachida Dati, pero también de Védrine o de Kouchner, es lo mejor de lo mejor. El caso es que a Hubert Védrine, colaborador cercano (e hijo espiritual) de Mitterrand, ministro con Jospin, se le identifica con la izquierda del gobierno, más con la parte de «gobierno» que con la de «izquierda». Nicolas Sarkozy, que teme una autonomía excesiva en un medio de preeminencia presidencial por parte del responsable de teorizar el mitterrandismo diplomático, renuncia entonces a ofrecerle el Quai d'Orsay\* para proponerle a continuación otro puesto: ministro de Justicia. Es una idea brillante,

---

\* Nombre con que se designa, debido a su ubicación, al Ministerio de Asuntos Exteriores francés. (*N. de la T.*)

que denota una gran audacia por parte de Sarkozy: esta decisión ponía así la justicia al amparo de las presiones. Es una prueba determinante de su ausencia de sectarismo y de una auténtica libertad con respecto a sus propias tropas.

La negativa de Védrine lleva a Nicolas Sarkozy a colocar a Rachida Dati en ese puesto ultrasensible. Lo que significa que, tras desviarse de los caminos trillados, vuelve a la tradición: con ella, por el contrario, no hay filtro entre el presidente y su ministra de Justicia. ¡Y cada impulso presidencial se convierte en una ley!

Bernard Kouchner, por su parte, no pone muchos problemas cuando se le propone el puesto de ministro de Asuntos Exteriores, ya que está encantado de lo que para él es una sorpresa divina. Él, el personaje político preferido de los franceses, tan detestado y envidiado por los suyos, que fueron incapaces de encontrarle un escaño de senador en París (dado el modo de escrutinio, se puede decir que los senadores de la capital son designados *de facto* por el alcalde y el estado mayor del PS). Él, que tanto había luchado contra Hubert Védrine, teórico de la falta de acción en los Balcanes —«no añadir más guerra a la guerra», dijo François Mitterrand antes de que Jacques Chirac, recién elegido, organizara la reacción ante lo inaceptable—. He aquí que le sirven en bandeja la ocasión de una gran revancha histórica. Se pone de acuerdo con Sarkozy sobre esta base consensual: restablecer los puentes con Estados Unidos,

relanzar la Unión Europea y poner fin a una «política árabe» que no era más que la fachada de una visión caricaturesca de Israel.

Sobre esta base, la aceptación de Bernard Kouchner se lleva a cabo gracias a la mediación conjunta —por así decirlo— de Christine Ockrent, Cécilia Sarkozy y un amigo común de todos los protagonistas, Alain Minc. Algunos pequeños cónclaves con François Fillon y Claude Guéant en el desde entonces famoso pabellón de la Lanterne rematarán el asunto. En toda esta fase Cécilia desempeña un papel importante y sabe encontrar las palabras adecuadas para convencer a su marido: sí, hay que correr el riesgo de Dati, el símbolo podrá con todo, superará con creces su inexperiencia.

Bernard Kouchner pone como única condición la entrada en el gobierno de Jean-Pierre Jouyet, como secretario de Estado encargado de Asuntos Europeos, para asegurarse un rumbo europeo de la política gubernamental. Este antiguo director de gabinete de Jacques Delors está cerca de François Hollande y de Ségolène Royal, es un europeo militante, antiguo jefe de Inspección de Finanzas, antiguo director del Tesoro, antiguo director adjunto del gabinete de Jospin.

¿Por qué Bernard Kouchner fue tan buen reclutamiento para Nicolas Sarkozy? Es conocida su fuerza simbólica, se sabe que siempre ha sido maltratado por el PS, que nunca supo hacer «buen uso» de su personalidad inclasificable. Cada vez que se habla

de atribuirle una circunscripción electoral o un escaño, el partido se empeña en asignarle lugares donde puede estar seguro de que no será elegido. Bernard Kouchner, abandonado al borde de la carretera, del que se vuelve a echar mano cada vez que hay una nueva campaña, que ha hecho lealmente su trabajo a favor de Ségolène Royal, no puede por tanto sino adherirse al tríptico enunciado por el presidente: el fin del antiamericanismo, el acercamiento a Israel y la vuelta a Europa. De hecho, el argumento que seduce definitivamente a Nicolas Sarkozy, y resulta decisivo, es un argumento de comodidad: Kouchner es una persona afable, no dogmática, al contrario que Védrine, quien tiene quizá más certezas que oponer a un presidente deseoso de hacerlo todo. Kouchner es sobre todo un hombre de campo y de acción, agradable, trabajador, valiente y conocido en el mundo entero.

En el pequeño círculo, hay otra discusión bastante larga acerca de Christine Albanel. Se hacen preguntas sobre su capacidad para proponer una política cultural, cruel carencia del programa presidencial de la que Nicolas Sarkozy es consciente. ¿Sabrá darle al presidente una actuación cultural digna de ese nombre con las claves en la mano? La verdad es que, desde Jack Lang, todos los presidentes buscan en vano una figura tutelar capaz de contener ese mundillo especialmente difícil de convencer, pero poseedor —a través de los artistas— de una influencia real sobre la opinión pública. La noche de la victo-

ria, el presidente recién elegido apela a Mireille Mathieu y a Enrico Macias para enardecer a la muchedumbre que se arremolina en la Concorde. No es exactamente una elección moderna y sirve de pretexto para numerosas burlas de sus adversarios. El propio Sarkozy soñó de joven con subirse un día a un escenario, y se sabe de memoria todas las canciones de Johnny [Halliday]... Las cosas del espíritu no son lo suyo. También en este caso es Cécilia quien precipita la decisión final, hablando a favor de Christine Albanel, cuya inteligencia alaba. Así pues, es a ella, la exilada del castillo de Versalles\*, a quien corresponderá el prestigioso despacho de la Rue de Valois.

En el interior de un marco general, estratégico, transparente —la apertura—, y de una voluntad sólida —la paridad—, se expande un desconcertante gusto por la improvisación. Ni que decir tiene que ésta es una parte inevitable de la constitución de un gobierno. Se pesa, o sopesa, se telefonea a uno, se pide el acuerdo de otro, se combina el peso de las corrientes políticas, las zonas geográficas, las promesas hechas a unos y a otros: un sinfín de criterios que aún hay que cruzar con la necesaria diversidad-paridad. Pero con Nicolas Sarkozy es otra cosa: un modo de gobierno quizá, pero sin duda es un modo de vida.

---

\* Christine Albanel fue presidenta del Establecimiento Público del Museo y del Dominio Nacional de Versalles. (*N. de la T.*)

Hoy Bernard Kouchner lleva a cabo su tarea con lealtad y humildad, aceptando no expresar su opinión acerca de determinados temas. Y si un día tuviera que enfrentarse a un problema de conciencia, estoy seguro de que lo expondría. Lo demostró con ocasión de la visita de Gaddafi al proteger a Rama Yade que protestaba en nombre de los derechos humanos, del mismo modo que la protegió cuando ésta se explayó acerca de China y los Juegos Olímpicos hablando imprudentemente de «condiciones» francesas. Con respecto al esquema inicial, Bernard Kouchner ha cumplido las expectativas: es un interlocutor cómodo para Nicolas Sarkozy, un Labrador de la tierra infatigable, un compañero impagable de discusiones, pero también un hombre fiel a sí mismo. Sobre la cuestión de los Juegos Olímpicos, precisamente, al reaccionar a la represión del Tíbet, incitó al presidente a cuestionar su participación en la ceremonia de apertura en Pekín.

El hecho de que un hombre de izquierdas, partidario de un tándem Bayrou-Royal hasta el último momento, sea hoy uno de los ministros clave del gobierno Sarkozy me parece revelador de la enorme capacidad de ese animal político que es el presidente para ir «más deprisa que la música», para ir por delante de la contestación, para hacer poco caso de los temores que suscita. Una asombrosa aptitud para coger de improviso a todo el mundo, que ya se advertía cuando era ministro del Interior.

Véase este ejemplo, del que sacó tajada durante mucho tiempo: la abolición de la doble pena, tan inesperada para quienes criticaban su rigidez y su obsesión por la seguridad, una medida que el gobierno de Jospin no había sabido tomar.

Sin embargo, Nicolas Sarkozy daba miedo, y lo sigue dando. ¿Por qué? Para empezar, por sus palabras. Todos las recuerdan aún: «chusma» [*racaille*], y sobre todo, «Kärcher»\*. Palabras violentas, pronunciadas en caliente: atrapado en la tormenta, interpelado sobre un tema que suscita emoción y cólera, Sarkozy va siempre por delante de los que exigen orden. Y luego, ante los hechos, su primer reflejo nunca es tratar de comprender; llega incluso a confundir análisis y adhesión. No ha asimilado todavía que se puede explicar sin aprobar. Así pues, su instinto, y su larga relación con miembros de la policía y sus sindicatos, lo empujan a blandir la porra. Nos encontramos aquí con la visión más clásica de Sarkozy, la de los caricaturistas y la de los jóvenes, que está en parte fundada. Cuando se observa a los políticos —y lo mismo vale para los electores—, no hay que descuidar nunca el análisis de los comportamientos, a menudo más importante que la sociología o la ideología. Existen patrones, reflejos, que explican tal actitud o tal otra. En el fondo, él se siente inclinado

---

\* Sarkozy declaró durante las revueltas de octubre de 2005 que había que limpiar los barrios marginales de los suburbios con el Kärcher, un limpiador de alta presión. (*N. de la T.*)

invariablemente hacia la división más fuerte y abraza sin matices la ley y el orden con un gusto indudable por el maniqueísmo; por un lado están los que se levantan temprano, y por otro los gamberros.

A partir de ese momento, ¿cómo podía convertirse este divisor profesional en el unificador que debería ser un (o una) presidente(a) de la República? Antes de la elección, había dos elementos que corregirían lógicamente esta inquietud; procedentes ambos de la observación de Sarkozy en movimiento. En primer lugar, por supuesto, esa preparación paciente: una visión política y estratégica que le impulsa a volver a lanzarse a la carrera por el poder inmediatamente después de su —breve— travesía del desierto, consecuencia del fracaso, en 1995, de Edouard Balladur y su pequeño equipo, compuesto por los dos Nicolas, Sarkozy y Bazire. Su método para llegar aúna las capacidades para el movimiento (salta sobre la UMP cuando el partido, obligado por los jueces, se le escapa a Alain Juppé) y para la construcción sólida: cada sector de la sociedad es analizado, es objeto de una reflexión y de propuestas que alimentan el programa presidencial al ritmo de una gran convención cada trimestre. En resumen, una preparación intensa y una magnífica obra política, donde la elección de los personajes y el calendario son objeto de una maestría similar.

De todos los candidatos a la elección presidencial, Nicolas Sarkozy era el mejor preparado. Es más, estaba mucho más que preparado, pues pare-

cía ir por delante de esas preguntas que nunca se le dejan de hacer a todo cargo electo.

A continuación, llegó la insustituible prueba de fuego. Fue la revuelta de los barrios periféricos. Para hacerle frente, el primer ministro Dominique de Villepin decreta el estado de emergencia. Una medida evidentemente tranquilizadora a ojos de la opinión pública. Pero también desproporcionada, escandalosa y desastrosa desde un punto de vista simbólico para una parte de la juventud, la surgida de la inmigración, sobre todo magrebí. He aquí un dispositivo que corresponde a situaciones de preguerra civil, que no puede sino recordar a sus padres otra guerra, esta vez verdadera, la guerra de Argelia. ¿No teníamos otra cosa que ofrecer a los jóvenes *beurs*\* más que aquello que habían tenido que sufrir sus padres?

Volvamos a ocuparnos de las circunstancias de las revueltas. La noche del 19 de octubre de 2005, dos jóvenes que tratan de escapar de la policía mueren tras haberse refugiado en un transformador EDF en Clichy-sous-Bois. Este drama fue el origen de los disturbios que duraron hasta el 21 de noviembre. Tras varias noches de violencia, Nicolas Sarkozy, por entonces ministro del Interior, acude a Argenteuil, en el departamento de Val-d'Oise, bajo las pullas y los proyectiles. Anuncia a los habitantes de la barriada su intención de «liberarlos de

---

\* *Beurs*: término proveniente del argot francés por el que se conoce a los hijos nacidos en Francia de inmigrantes de origen magrebí. (*N. de la T.*)

los gamberros y de la chusma». Suficiente para tranquilizar a una parte del país, pero también sin duda para atizar la ira de los revoltosos.

A pesar de ello, cuando se proclama el estado de emergencia, la reacción de Nicolas Sarkozy no tiene nada que ver con la de un promotor de la guerra civil, al contrario. «Están locos», dice de inmediato a su entorno. Y por la noche trata de convencer a Jacques Chirac para que no siga a su exaltado primer ministro. «Están locos, y de todos modos, los prefectos no aplicarán la orden», acaba soltando. A partir de aquí, una consigna del ministro del Interior invita a comportarse sobre el terreno con sensatez. Consigna que será aplicada de hecho. Para mí, la lección de este episodio fue por entonces evidente: el primer ministro, al reaccionar en exceso, demuestra que no es un hombre de Estado, que puede perder su sangre fría; por el contrario, el ministro del Interior templea la reacción de la República y habla a continuación de moderación y de justicia. Más allá de la represión, que fue grande —más de 3.000 detenciones y 422 condenas a prisión—, no olvida recordar los esfuerzos que habría y habrá que hacer por las barriadas. ¿En qué sentido ha adoptado un papel de moderador? Simplemente al apoyar por completo a los responsables de la policía para que eviten cualquier error, cualquier exceso. Lo cual, en ese contexto, no era nada fácil.

La opinión pública sólo se quedó con lo de la «chusma»; yo vi, o preferí ver, una capacidad de ac-

tuar con tranquilidad y mesura en medio de la tormenta. También la capacidad de ir más allá de la represión para aprender lecciones del pasado. Nicolas Sarkozy sacó de estos acontecimientos una conciencia acrecentada de lo que es la discriminación en nuestro hermoso país. Esa conversión en guetos, urbanos o escolares, no es tanto el fruto de una política (no creo que ninguno de los gobiernos que ha habido desde el nacimiento de un ministerio de la Ciudad en 1985 tuviera una política de guetos), como de un movimiento de la sociedad, de su parcelación progresiva, del distanciamiento que cada uno trata de organizar con respecto a la categoría supuestamente inferior en nombre de la angustia del desclasamiento. Y para combatirla, ¿qué mejor actitud que una acción «positiva» que transforme desde dentro a nuestras élites uniformemente blancas y cerradas? Es ese símbolo, una respuesta a los disturbios del otoño de 2005, el que Nicolas Sarkozy ha conseguido con su equipo arco iris: Fadela Amara, Rama Yade, Rachida Dati... «¡Qué magnífico equipo!».